

UN PECADO MORTAL DE NUESTRAS LETRAS

Desde hace más de veinte años vengo dando incansablemente esta conferencia, tanto en América como en Europa. Desde hace más de veinte años considero una obligación no sólo estética, sino ética, difundir esta tesis. Por eso la publico ahora. Al publicarla he conservado el estilo directo y oral, hice las mínimas correcciones, y no he querido entrar en detalles de erudición. Son aburridos incluso para mí, que me he pasado la vida haciendo fichas. Son aburridos y en este caso innecesarios. Así queda la tesis expuesta con nitidez, que es lo único que importa.

Nos enfrentamos al centenario de Quevedo, y conviene volver a repetir lo que vengo diciendo desde hace tanto tiempo. ¡Qué le vamos a hacer! De centenarios, milenarios y otras verbenas conmemorativas, líbrenos Dios. Pero siempre conviene desempolvar los muertos.

Ante todo, considero necesario advertir que hablar de la poesía del Siglo de Oro, aunque muchos lo hacen con sumo desparpajo, no es cosa fácil. Sabemos poco de ella, y además, lo poco que se sabe está montado sobre supuestos. No tiene base documental. Salvo alguna notable excepción, nuestros estudios de poética aún están en mantillas—la mayoría de los estudios que se publican son tesis doctorales y trabajos de oposición—y tardarán bastante tiempo en vestirse de largo. La vida que más o menos vivimos todos es tan absurda y desazonante que no nos deja tiempo para hacer una obra y rematarla. Vamos muriendo poco a poco. Y como yo no soy buen ejemplo de nada, *paciencia y barajar*, como Cervantes aconseja.

Entramos en materia. Si hablar de la poesía del Siglo de Oro es arduo empeño, hablar de la poesía de Quevedo es empresa más que difícil, imposible. A mí me ha desvelado durante varios años. Por eso estoy aquí¹. Por eso voy a hablaros de ella. Y lo primero que voy a deciros es que el estudio de Quevedo es uno de los pecados mortales de la literatura española. Sus biógrafos quisieron convertirle en un evangelista, y suelen hablar de él como de un hombre incorruptible. Nada

¹ Téngase en cuenta que transcribimos el texto de una conferencia.

más lejos de la verdad. Sobre ningún escritor español se han acumulado tanta beatería, tanta ignorancia, tanta mendacidad, tanta repetición y tanto atrevimiento por sus biógrafos, editores y aprovechadores. Sin embargo, debo decir en descargo de todos que la vida cultural española ha sido diferente y singularísima. Para muestra basta un ejemplo. La mayoría de nuestros grandes poetas escribieron sus versos a hurtadillas, a humo de pajas, sin atreverse a publicarlos, y Quevedo no ha sido la excepción de la regla. Oigamos sobre este punto la opinión de José Manuel Blecua, para dar una opinión de peso: «Nada le fue ajeno y si en algo pecó fue precisamente en la ausencia de una gran ambición poética. Presumo que, salvo ciertos poemas, los demás, como parte de su obra en prosa, sólo fueron para él un simple juego al que como buen español no quiso ver la trascendencia. Cuando sepamos bien lo que han pensado los españoles, especialmente los poetas, sobre su quehacer poético, se explicará más de un fenómeno, como el desdén por la letra impresa»². Palabras acertadas que quisiéramos comentar con más anchura algún día.

El caso es que Quevedo ha sido uno de los muchos poetas españoles que no editó sus versos. Me refiero naturalmente a los poetas de antes, no a los de ahora, que los publican cuando están en mantillas. Hacia el fin de sus días quiso reunirlos, pero la muerte no le dio tiempo; la muerte dejó este empeño para nunca, y don Francisco de Quevedo fue uno de tantos poetas españoles que entregaron sus versos al viento y el viento terminó por dispersarlos. Su dejación nos hizo un daño irreparable, pues, aunque muchos se escandalicen, debo decir que, unos más y otros menos, a don Francisco de Quevedo y Villegas no le han tratado con respeto sus edito-seculares. Y fue tan grave el daño que le hicieron unos y otros, que aún quedan muchos errores por rectificar. No sé si alguna vez será posible hacerlo. Para que nadie se llame a engaño, debo reconocer que la edición de Quevedo, tanto la de la prosa como la del verso, tienen dificultades insuperables, al menos de momento. Sólo será posible hacerla por etapas, por aproximaciones, y desde perspectivas complementarias y diferentes, si pretendemos fijar un texto suyo que a los lectores exigentes les parezca aceptable. Depurar esta obra de todos los errores que su desnaturalizado nacimiento y el correr de los años acumularon sobre ella es empresa imposible. No la veremos realizada. Hay que adoptar la orientación debida, acumular esfuerzos, unificar criterios, y a pesar de ello es muy posible que no logremos verla editada de manera que ofrezca una mínima seguridad. Sin embargo, es preciso intentarlo. En ocasión del cuarto centenario de su nacimiento,

² JOSÉ MANUEL BLECUA: *Obra en verso de Quevedo*, Edit. Planeta, Barcelona, 1963, pág. XI.

sirvan nuestras palabras de acicate para continuar esta labor. Nadie debe desanimarse para emprenderla, pues la obra de Quevedo es única, singularísima, genial, y todo esfuerzo será recompensado. Don Francisco de Quevedo y Villegas es uno de los mayores escritores universales, y para no hacer afirmaciones tajantes por cuenta propia transcribo la opinión de Jorge Luis Borges, enjuiciador excepcional y descontentadizo como nadie: «Trescientos (años) ha cumplido la muerte corporal de Quevedo, pero éste sigue siendo el primer artífice de las letras hispánicas. Como Joyce, como Goethe, como Shakespeare, como Dante, como ningún otro escritor, Francisco de Quevedo es menos un hombre que una dilatada y completa literatura»³. Pues bien, siendo figura tan señera, restituir un solo poema suyo a su grandeza y a su origen justifica cualquier esfuerzo que sea preciso hacer.

Nosotros elegimos para emprender esta labor y dar ejemplo uno de sus sonetos: *Miré los muros de la patria mía*. Su comentario y su fijación textual son los temas de la presente conferencia. Debo indicarles previamente que elegí este soneto porque lo considero uno de sus poemas más importantes, característicos, conocidos y maltratados. No hay antología que no lo registre, ni profesor que no lo comente a sus alumnos, ni lector de Quevedo que no lo sepa de memoria. Para refrescar la de mis oyentes, voy a leerles la versión conocida, la versión últimamente publicada en la edición de José Manuel Blecua, que, dicho sea de paso y con cariño, es edición admirable, pero insuficiente:

SALMO XVII

*Miré los muros de la patria mía
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados
por quien caduca ya su valentía.*

*Salíme al campo, vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados,
y del monte quejosos los ganados
que con sombras hurtó su luz al día.*

*Entré en mi casa, vi que amancillada
de anciana habitación era despojos,
mi báculo más corvo y menos fuerte⁴.*

*Vencida de la edad sentí mi espada
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.*

³ JOSÉ MANUEL BLECUA: *Ob. cit.*, pág. XI.

⁴ Es imposible puntuar este disparatado terceto de manera correcta.

La lectura de este poema nos ha sobrecogido siempre—creo que a nosotros y a todos sus lectores—por la emoción. Con lento paso de andadura y una emoción casi estrangulada, va sugiriéndonos el poeta que la grandeza de la patria pertenece al pasado. Ya sólo queda rememorarla. El tiempo todo lo puede; el tiempo fue desmoronando los muros patrios igual que el desengaño ha desmoronado la entereza de la voz del poeta. Nada persiste en su ser, y la mirada de Quevedo ve cuanto le rodea empobrecido y mutilado, convertido en muñón por el paso del tiempo. Los muros de la patria, inermes; las paredes de su hogar, arruinadas, y el corazón socavado por un latido nuevo: el desengaño. Ahora su voz tiene otro palpito, otro andar. Ahora su voz tiene un latido débil, un latido sin pulso que es como un estertor y va dejando su vacío entre las sílabas del poema. Son palabras exangües, y sílabas de humo, que van reuniéndose en el verso como si el polvo las juntase. Y este desmayo, este vacío es, propiamente, lo que les da unidad, lo que les da juntura. No expresan nada; tiemblan. Diríase que todos los elementos de este soneto sólo se relacionan para debilitarse mutuamente. Su significación es su balbuceo. Tal vez una agonía. Sólo se juntan para morir. La muerte es el entorno del poema. La muerte, con su abrazo circundante, está en todas las cosas; está en el mundo de la naturaleza y en nuestro mundo patrimonial; está en el temblor de la voz y en el desánimo del poeta, y hace que sus palabras se fragmenten, se conviertan en sílabas, y que las sílabas vayan reuniendo su descomposición, vayan reuniendo su jadeo, en un solo estertor que acaba por estrangularnos de emoción. Este estertor es el sentido del soneto. Al leerlo comprendemos, de una manera oscura y cierta, que también sus palabras, como los muros de la patria, se han reducido a polvo. No significan casi nada; significan dolor; por eso nos conmueven. Tienen fijeza emocional y no fijeza intelectual. En realidad, lo único cierto de este soneto, maravilloso y moridero, es que cuantas personas lo hemos leído, desde hace más de trescientos años, lo admiramos sin entenderlo. Hora es ya de decirlo, para que quede constancia de ello, y hora es también de intentar demostrarlo.

El soneto pertenece a uno de los libros más afortunados de Quevedo, el *Heráclito Cristiano* (1613); es una de las joyas de nuestra lengua, y ha sido maltratado, casi impiadosamente, por la mano de sus editores. Como dijimos en el arranque de la conferencia, no le han dejado verso sano. Se encuentra lleno, literalmente, de corcusidos y cicatrices, y ni nosotros, ni nadie, le ha podido entender, porque, tal como lo conocíamos, es ininteligible. Varias de sus proposiciones andan a saltos, como los saltamontes, y no tienen secuencia lógica. Algunos de sus versos son harapientos y parecen escritos en viernes y con ham-